



José Bernabé Oliva, «Romea. Estreno de “La fortuna de Silvia”», article publicat a *La Vanguardia española*. 6 d’abril de 1947.

El público afecto al teatro catalán y en especial a la modalidad teatral de don José María de Sagarra, aguardaba con expectación el estreno de la última obra del mencionado autor, la cual fue dada a conocer ayer por la noche, obteniendo un franco éxito de público. Se aplaudieron con mucho calor los finales de acto y los aplausos se intensificaron al terminar la representación. José María de Sagarra recogió personalmente, entre los intérpretes, el cálido agasajo de los espectadores.

La comedia dramática en tres actos a la que nos referimos —alta comedia, según la terminología al uso— rehúye el teatro poético, de época al que nos tiene acostumbrados Sagarra y se inserta en una línea europea de teatro de tesis, sin exageraciones, lo que, evidentemente, presta un tono específico a la producción. En realidad; cada uno de los tres actos de la obra de Sagarra desenvuelve, a través de «Silvia», la protagonista, un teorema social distinto. El primero, al de que «los ricos no perdonan las imperfecciones de los pobres», el segundo, constituido



íntegramente por un largo discurso antibelicista, aunque en el fondo perfectamente humano, el de que «ciertos hombres especialmente sensibles —el hijo de la protagonista, que lo sabemos así, porque su madre nos asegura— no debieran ser arrastrados a la guerra». Y en el tercer acto, donde se resumen los dos anteriores y flota la intención general de la obra se define que «la fortuna de Silvia radica en su independencia espiritual, obtenida gracias a la carencia de toda fortuna material».

No faltan en la comedia de Sagarra conflictos y pasiones capaces de justificar un ensayo teatral; pero, salvo «el final dramático y efectista del acto segundo, tales materiales juegan en un tono dialéctico y sosegado que, unido a la falta de acción y al torrente verbal de los diálogos, sostenidos invariablemente» en el centro de la escena y estando sentados los actores frente al público, producen en el auditorio cierta sensación de cansancio difícil de obviar. El acto tercero, dividido en dos cuadros, con la intervención de un nuevo personaje que encarnó José Bruguera, encauza la comedia hacia un curso de mayor fluidez. Afortunadamente, Sagarra es un escritor y un poeta; y si todo escritor posee recursos para justificar y resolver muchas cosas, un poeta pueda introducir pinceladas y



notas de un subjetivismo lírico capaz de agradar y conmover.

La primera actriz Esperanza Ortiz mantuvo con elegante propiedad la línea de su personaje y salvó con discreción el escollo de hallarse constantemente en escena; Paquita Ferrándiz y Enriqueta Torres coadyudaron eficazmente al desarrollo interpretativo de la obra. Estuvo bien Pedro Gil y excelente el primer actor y director José Bruguera, cuya intuición para aprehender y expresar los matices de un personaje triunfó en la caracterización del que le cupo en suerte, siendo aplaudido, y de modo concreto en su primer mutis. Gustó también el decorado de Caseres y Asensi realizado sobre boceto de Pedro Pruna.